

EL NIÑO JESUS, DIVINO PASTOR.

L'ENFANT JÉSUS, DIVIN PASTEUR.

MURILLO.

(Alto: 1,24 — ancho: 0,99)

Un hermoso niño, cuya cabeza coronan sobrenaturales resplandores, descalzo, pobremente vestido con una túnica de ruda escarlata y una piel de cordero ajustada á la cintura, sentado en tierra, teniendo un cayado en la mano derecha, apoya cariñosamente el brazo izquierdo sobre una oveja destacada de un numeroso rebaño que pasta la yerba del campo en lontananza. Este niño, que en su mirada intuitiva y penetrante descubre todo el poder de la Divinidad subordinado á la frágil naturaleza humana en virtud de una maravillosa é incomprendible ley de abnegacion y amor, no puede ser otro mas que Jesucristo, divino y amante pastor de todas las gentes que siguen su adorable Evangelio. Fundador de una ley nueva, el murice de los magnates de la tierra se descolora sobre sus tiernos y delicados miembros; la pompa y grandeza del paganismo se le humilla desquiciándose á su vista las moles de los antiguos templos; las rotas columnatas y los frisos despedazados publican el poderío moral de ese dulce, lindo é infantil pastorcillo, que viene á cambiar la faz del universo sustituyendo al imperio del orgullo y de la fuerza el blando yugo del amor y del propio sacrificio.

Hé aquí un alto misterio admirablemente comprendido y espuesto por el creyente y fervoroso Murillo. Este niño pastor, aunque lejano del ideal que hoy buscaría el pintor familiarizado con los tipos producidos por el arte cristiano en los dias de mas exaltada fé, nada tiene de comun, sin embargo, con los rústicos y groseros pastores del campo. Tiene sí alguna afinidad con los personajes ideales de nuestra poesia bucólica de los siglos XVI y XVII,—con los Anfrisos y Lucindos, con los Salicios y Olimpos, con las Celias y Amarilis, pastores y pastoras que se figuraron Rodrigo de Torres, Lope, Cervantes y Góngora, cuando quisieron imitar los vuelos panteistas de Virgilio y Anacreonte;—pero su filiacion mas marcada está en aquel ideal *sui generis* que sintió Murillo, candoroso, inocente, santo, y no obstante natural y terreno como lo son el fresco lirio del valle y la fragante rosa de la colina, y que le guiaba al trazar sus peregrinas imágenes de la *Concepcion*.

Observad atentamente ese semblante precioso lleno de gracia, de inteligencia y de magestad; trasladaos en seguida al salon donde brilla la mas encantadora Virgen que ha salido de humano pincel, y vereis como entre esta Virgen, que es la *Concepcion* señalada con el núm. 129, y el Divino pastor niño, existe la misma relacion que entre la aurora y el sol naciente, la misma que entre el nácar y la perla, la semejanza de la gota de lluvia con la gota de rocío.

Dos divinas parábolas resume este bellissimo cuadro, como las recuerda la festividad instituida en la Iglesia católica con el nombre de Domingo del *Buen Pastor*, en cuya misa honra la grey fiel de Cristo la mansedumbre del Salvador del mundo. «Yo soy el buen pastor: el buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas. No así el mercenario: este, en viendo venir al lobo, las desampara y huye, y el lobo las arrebató y dispersa el rebaño. Yo soy el buen pastor: yo conozco mis ovejas y las ovejas mías me conocen á mí. Tengo también otras ovejas, que no son aun de mi aprisco, pero yo las recogeré y oirán mi voz, y de todas se hará un solo rebaño¹.» Esta admirable parábola, que encierra la gran profecía sobre la conversion de todos los gentiles al cristianismo, hubiera estado por sí sola bien representada sin necesidad de poner al Salvador niño con la mano apoyada en la oveja que tiene á su lado. Bastaba,

Un bel enfant, la tête illuminée de feux surnaturels, nu-pieds, pauvrement vêtu d'une tunique de vieille écarlate et d'une peau de mouton retenue à la ceinture, assis à terre, et tenant une houlette dans la main droite, repose la main gauche sur une brebis qu'elle caresse, et qui s'est détachée d'un troupeau nombreux paissant dans le lointain. Cet enfant dont le regard profond et pénétrant révèle la puissance de la Divinité subordonnée à la fragilité de la nature humaine par une loi merveilleuse et incompréhensible d'abnégation et d'amour, cet enfant ne peut être que Jésus-Christ, le bon et divin pasteur de toutes les familles des peuples qui suivent les adorables commandements de son Evangile. Il fonde une loi nouvelle, et l'éclat de la pourpre dont se couvrent les maîtres de la terre pâlit sur ses membres tendres et délicats; la pompe et la grandeur du paganisme s'humilient devant lui: à sa vue croulent et tombent les masses imposantes des anciens temples; les colonnes abattues et les frises brisées proclament la domination du doux pasteur, aux traits enfantins et charmans, qui vient changer la face de l'univers en substituant à l'empire de l'orgueil et de la force le joug attrayant de l'amour et du sacrifice de soi même.

C'est le mystère sublime qu'a admirablement compris et traduit le génie plein de croyance et de ferveur de Murillo. Son jeune pâtre, bien que loin d'offrir l'idéal que rechercherait le peintre familiarisé avec les modèles que nous a donnés l'art chrétien des jours où la foi était plus exaltée, n'a cependant rien de commun avec les pâtres rustiques et grossiers des campagnes. Il présente au contraire une certaine ressemblance avec les bergers imaginaires de notre poésie bucolique au XVI^e et au XVII^e siècle, les Amphryses, les Lucindes, les Salices et les Olympes, les Célias et les Amaryllis, bergers et bergères qui inspirèrent Rodrigo de Torres, Lope, Cervantes et Góngora lorsqu'ils voulurent suivre dans leur essor Virgile et Anacréon et imiter leurs fictions panthéistes; mais on y reconnaît une filiation plus marquée avec ce type idéal et *sui generis* que concevait Murillo, type plein de candeur, d'innocence, de sainteté, et néanmoins ravissant de naturel et de grâce, frais comme le lys de la vallée, suave comme la rose odorante de la colline, ce type qui présidait à ses merveilleuses personnifications de la Vierge de la *Conception*.

Examinez attentivement cet admirable ensemble de traits, cette physionomie éblouissante de grâce, d'intelligence et de majesté: transportez-vous ensuite au salon où brille du plus vif éclat la plus ravissante Vierge qui soit sortie du pinceau, et vous verrez comme entre cette Vierge, qui est la *Conception* désignée au Musée sous le num. 129, et le Divin pasteur enfant, il existe un rapport intime, le rapport de l'aurore avec le soleil levant, de la nacre avec la perle: c'est l'affinité de la goutte de pluie avec la goutte de rosée.

Ce magnifique tableau résume deux paraboles divines, que l'Église catholique rappelle dans sa solennité du Dimanche du *Bon Pasteur*, où le troupeau des fidèles adorateurs du Christ rend hommage à la douceur du Sauveur du monde: «Je suis le bon pasteur: le bon pasteur donne sa vie pour ses brebis, mais non le mercenaire: celui-ci ne voit pas plus tôt venir le loup qu'il les abandonne et s'enfuit: le loup les ravit et disperse le troupeau. Je suis le bon pasteur: je connais mes brebis et mes brebis me connaissent. J'ai aussi d'autres brebis qui ne sont point encore de ma bergerie: mais je les ramènerai et elles écouteront ma voix et elles ne formeront plus qu'un seul troupeau¹.» Cette admirable parabole qui renferme la grande prophétie sur la conversion du monde païen tout entier au christianisme, eut été parfaitement rendue seule et sans nécessité de représenter le Sauveur enfant la main appuyée sur la brebis placée à côté de lui. Il eut été suffisant, à notre

¹ San Juan, cap. X.

¹ Saint Jean, chapitre X.

en nuestro concepto, haber pintado á Jesus á la cabeza ó en medio de su rebaño. Es de creer, pues, que Murillo se propusiese otro fin al trazar el hermoso é interesante grupo que ofrece su lienzo, y hé aquí porqué suponemos que quiso tratar juntamente con la parábola del Evangelio de San Juan, la otra de la *oveja descarriada*, que exponen San Lucas y San Mateo:

«¿Quién hay de vosotros que, teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve en la dehesa y no vaya en busca de la que se perdió hasta encontrarla?»

»En hallándola, se la pone sobre los hombros muy gozoso.

»Y llegado á casa, convoca á sus amigos y vecinos diciéndoles: Regocijaos conmigo, porque he hallado la oveja mia, que se me habia perdido.

»Os digo, que á este modo habrá mas fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos, que no tienen necesidad de penitencia¹»

Supo el talento de Murillo evitar un escollo á que naturalmente se veia conducido al representar al *divino Niño* ocupado con su oveja rescatada. Parecia casi inevitable el colocar á Jesus vuelto hácia el objeto de su amoroso afán y con la mirada fija en él, lleno de gozo y complacencia. Pero entonces el cuadro hubiera perdido en importancia filosófica todo lo que hubiese ganado como idilio;—la escena habria resultado quizá mas tierna; pero tambien de seguro menos serena y magestuosa: el artista habria fácilmente incurrido en lo vulgar y héchose digno de la severa censura formulada por algunos juiciosos criticos contra los cuadros en que se representa á Cristo niño entretenido en juegos pueriles, ya con el pájaro, ya con el cordero, etc.² Nada, pues, que haga degenerar en frivolidad ó *bagatela* un pensamiento tan cristiano y profundo como el que se desprende de los sagrados textos sobre el *Buen Pastor* combinados y condensados: nada que distraiga al alma piadosa de aquellos magníficos anuncios: *sicut pastor gregem suum pascet: in brachio suo congregabit agnos, et in sinu suo levabit.—Eratis sicut oves errantes, sed conversi estis nunc ad pastorem et episcopum animarum vestrarum.—Alias oves habeo quæ non sunt ex hoc ovili; et illas oportet me adducere, etc.* Nadie verdaderamente dirá que el divino pastorcito está puerilmente entretenido jugando con su cordero; este solo figura como emblema en la composición. Jesus tiene la vista fuera del cuadro y en su mirada hay toda la abstracción necesaria para alejar la idea de la ligereza y veleidad infantil. No parece sino que el Salvador niño está meditando en el gran misterio de la redención del mundo y de la sucesiva congregación de todas las gentes bajo la enseña de la paz y del amor que va á enarbolarse en el sangriento Gólgota.

Pero demos un ligero tributo á la dulce sensación que produce en el alma la belleza de este divino infante, y apliquemos á Jesus, como grata ofrenda y á modo de ovejuela rescatada, aquel cantarillo profano, muy mas digno del Divino Pastor de Murillo que de la imaginaria Flora del poeta anónimo³, que vendrá á decir así:

Niño, mucho deben
al sol las flores,
pero más á tus ojos
que son dos soles.
Dá el sol á los campos
entre flores varias,
mosquetas de nieve
y rosas de grana;
y entre rayos de oro
que los montes bañan,
esparcen sus luces
jazmines de plata.
Plata, grana y nieve,
le deben los montes,
pero más á tus ojos
que son dos soles.

Debió ser ejecutado este lienzo siendo todavía Murillo jóven, pues lleva los caracteres de su segundo estilo, y ostenta al par que un dibujo seguro y decidido, un colorido mas brillante y jugoso que el que usó en la primera época de su carrera artística.

Ha sido publicado en la *Colección litográfica*, y lleva en el Real Museo el núm. 46.

¹ San Lucas, cap. XV.—San Mateo, cap. XVIII.

² *Todo esto y otras cosas á este tenor*, dice el P. Interian de Ayala en su *PINTOR CRISTIANO Y ERUDITO, son meras necedades y bagatelas, como ya lo advirtió un grave autor de eminente dignidad*. No se ocupaba en esto Cristo Señor nuestro, aun en la edad pueril: cosas mucho mayores y mas graves revolcía en su mente santísima.

³ Arias Perez.—*Primavera y flor de romances*.

Flora, mucho deben
al sol las flores,
etc., etc.

* El Card. Paleot, lib. 2, cap. XXXII.

avis, de peindre Jésus à la tête ou au milieu de son troupeau. Nous sommes donc portés à croire que Murillo a dû avoir un autre objet en vue lorsqu'il traçait le groupe charmant et plein d'intérêt que nous offre cette toile, et nous supposons par suite que tout en traitant la parabole de l'Évangile de Saint Jean, il a voulu y rattacher celle de la *brebis égarée* que rapportent Saint Luc et Saint Mathieu:

«Quel est celui d'entre vous qui, ayant cent brebis, et en ayant perdu une, ne laisse les quatre-vingt-dix-neuf autres dans le désert, pour s'en aller après celle qui est perdue, jusqu'à ce qu'il l'ait trouvée?»

»Lorsqu'il l'a trouvée, il la met sur ses épaules avec joie.

»Et étant retourné en sa maison, il appelle ses amis et ses voisins et leur dit: Réjouissez-vous avec moi, parce que j'ai trouvée ma brebis qui était perdue.

»Je vous dis de même qu'il y aura plus de joie dans le ciel pour un seul pécheur qui fait pénitence que pour quatre-vingt-dix-neuf justes qui n'ont pas besoin de pénitence¹.

Le talent de Murillo a su éviter un écueil où le conduisait naturellement la représentation de l'*Enfant divin* occupé de la brebis qu'il vient de ramener. Il semble en effet qu'il était presque inévitable de ne point placer Jésus tourné du côté de l'objet de son tendre souci, et le contemplant d'un regard plein de joie et de complaisance. Mais alors le tableau aurait perdu comme importance philosophique tout ce qu'il eut gagné comme grâce bucolique.—La scène eut été peut-être d'un effet plus touchant, mais aurait assurément offert moins de grandeur, de calme et de majesté: l'artiste aurait pu facilement tomber dans la vulgarité, et s'exposer justement à la censure sévère formulée par quelques critiques judicieux contre les tableaux où l'on représente le Christ enfant s'amusant à des jeux puérils, dans l'un avec l'oiseau, dans l'autre avec le mouton, etc.² Rien donc ici qui dénature en lui donnant un cachet de frivolité ou d'enfantillage, une pensée aussi chrétienne et profonde que celle qui ressort du rapprochement et de la combinaison des textes sacrés sur le *Bon Pasteur*: rien qui vienne distraire l'âme pieuse de la méditation de ces merveilleuses promesses: *sicut pastor gregem suum pascet: in brachio suo congregabit agnos, et in sinu suo levabit.—Eratis sicut oves errantes, sed conversi estis nunc ad pastorem et episcopum animarum vestrarum.—Alias oves habeo quæ non sunt ex hoc ovili; et illas oportet me adducere, etc.* Nul ne dira assurément que le petit pasteur divin s'amuse dans ce tableau à jouer avec le mouton, qui ne figure dans la composition que comme emblème. Les regards de Jésus son fixés au dehors, et dans leur expression concentrée il y a trop de puissance pour ne pas éloigner toute idée de légèreté et de caprice enfantin. On dirait que le Sauveur enfant est absorbé dans la contemplation du grand mystère de la rédemption du monde et de la réunion successive de toutes les familles des peuples sous l'étendard de la paix et de l'amour qu'il va arborer sur les hauteurs ensanglantées du Golgotha.

Mais rendons un léger tribut à la douce émotion que produit dans l'âme la beauté de ce divin enfant, et rapportons à Jésus, à titre d'offrande de reconnaissance et en qualité de brebis ramenée au bercail, cette gracieuse petite pièce de vers profanes, bien plus dignes du Divin Pasteur de Murillo que de la Flora imaginaire qu'invoquait le poète anonyme³: disons:

Enfant, les fleurs doivent bien des faveurs au soleil; mais elles l'en doivent encore plus: tes yeux sont pour elles deux soleils.

Le soleil donne aux campagnes, entre mille autres fleurs, et les roses neigeuses et les roses-grenat; et parmi les rayons d'or qui baignent les montagnes, les jasmins à la coupe d'argent font étinceler leurs éclatans reflets—etc.

L'argent, le grenat et la neige sont les dons précieux que lui doivent les montagnes: mais elles l'en doivent bien plus encore: tes yeux sont pour elles deux soleils.

Murillo dut peindre cette toile étant encore jeune, car elle porte le cachet de son second genre et laisse voir tout ensemble un dessin net et ferme et un coloris plus brillant et plus onctueux que celui que l'on observe dans les œuvres qui datent de la première époque de sa carrière artistique.

Elle a paru dans la *Collection lithographique*, et porte au Musée Royal le num. 46.

¹ Saint, Luc, chap. XV.—Saint Mathieu, chap. XVIII.

² *Tout ceci et d'autres détails de ce genre*, dit le P. Interian de Ayala dans son *PEINTRE CHRÉTIEN ET ERUDIT, ne sont que de pures niaiseries ou enfantillages, comme le fait observer un grave auteur, un haut dignitaire de l'Eglise*. Ce n'est pas à cela que s'occupait notre Seigneur Jésus-Christ, même dans son jeune âge: d'autres soins bien plus grands et plus graves roulaient dans sa sainte pensée.

³ Arias Perez.—*Printemps et Flore de poésies*.

Flora, mucho deben
al sol las flores,
etc., etc.

* Le Card. Paleot, livre 2, chap. XXXII.

REAL MUSEO DE MADRID



MURILLO pintó.

Litog^a de J. J. MARTINEZ, Editor. Desengañó, 10. Madrid.

A. LEMOINE litog^a.

EL NIÑO JESUS DIVINO PASTOR.

